

AL OTRO LADO DEL MUNDO

Solamente se sentían las zapatillas en el polvo de ladrillo, el rebotar de la pelota, y el jadeo constante, rematado por el aullido casi animal de cada remate mortal.

La camiseta que al principio del partido era blanca, pegada al cuerpo de las jugadoras, era de un color naranja desvaído, y en las axilas, de un naranja pegajoso.

Anahí debió pedir en dos oportunidades un minuto de descanso. Las manos transpiradas no le permitían un buen manejo de la raqueta. Hacía seis horas que estaban jugando, y sus cincuenta y siete años no daban cuenta del cansancio. María Petrova, en cambio, se agachaba apoyando todo su cuerpo ora en la pierna derecha, ora en la pierna izquierda.

Un viento fuerte acompañó el último tanto, el que le dio la victoria a Anahí Ferrero. La ovación cerrada de los pocos argentinos que habían ido a Estonia a ver la final, fue impresionante. Se pusieron de pie y, con lágrimas en los ojos, cantaron en sus corazones el himno nacional. Las cámaras de la policía secreta recorrían las instalaciones en búsqueda de argentinos escapados del régimen del tirano Tinelli, y sus bailarines histéricos y pintados de verde cata, irrumpieron en la cancha apenas terminada la contienda. Un tazón de agua podrida en el centro de la tribuna comenzó a largar chorros cristalinos que olían a lavanda pampeana, y una travesti famosa en los páramos riojanos, ya convertida en heroína y vitoreada por todos los estonios, llamada Mirta L, dejó caer unas rosas rococó sobre Anahí que estupefacta, se secaba la transpiración para disimular las lágrimas.

Al otro lado del mundo, cruzando mares y millones de desgracias, en Argentina, llamada ahora Argentonta por el tirano Tinelli y sus tórtolos tarados (así habían denominado el otrora senado que cenaba en la Casa Amarilla, dictando leyes entre chizitos, champan y fellatios trasnochados), Remigio soplaba una velita rancia que encontró en el cajón de los cuchillos plásticos. La ensartó en el último alfajor Fantoche que compró en el drugstore de la calle Jorge Rafael, y la encendió despacio. Se cantó un queloscumplafeliz en estonio, su segundo idioma, y con lágrimas en los ojos, siguió con Zamba de mi esperanza, Octubre y un tema tonto de Norah Jones, que escuchaba en el colectivo que lo llevaba a la muerte todos los días para devolverlo a la libertad de sufrir cada noche.

Sus ojos se perdieron en la pantalla del televisor que ocupaba lo que antes era ventana. Vio la imagen de Anahí, una vieja triste y usada, que tratando de parecer patriota, recibía el trofeo de manos de Susana Ieme, una rubia vedette devenida en embajadora plenipotenciaria del hueco existencial en la ONU.

Los falsos aplausos de la desnutrida concurrencia se escucharon en los cuatro puntos cardinales del departamento de Remigio que supo leer, como en una tabla de

planchar, el terror en la cara de Anahí cuando Susana Ieme, con una sonrisa que le llegaba a la nuca le decía: "y el ministro Massa que te amassa, te envía de regalo, tontita linda, una Ferrari roja como la que adquirió el otrora prócer Menem" (y se tocó la teta izquierda, de plástico duro)

Ovación de la platea preferencial que aplaudía con los dientes postizos en la punta de la lengua, como era la moda.

Remigio pudo sentir el horror en la mirada de Anahí. La entrega de la Ferrari roja, era una señal de que la policía ultra secretísima, había descubierto la filiación sentimental, contraria a los deseos del tirano Tinelli y, pro, pro libertad.

Ella se supo muerta y enterrada viva para volver a morir. Él, que la acababa de conocer, supo que había llegado la hora de la verdad.

De un salto mágico, atravesó el plasma mortal. El verde de los perseguidores se iba perfilando a la orilla de la imagen. Apuró el paso porque sintió, en la humedad del túnel, la carrera de los perros elásticos que rajaban el espacio más rápido que el pensamiento. Dijo una oración a la luna que ya no brillaba en ningún cielo, tan olvidados estaban. Y la fuerza de las palabras inventadas lo elevaron al techo más alto de la cancha. Suspendido allí, por sobre los potentes reflectores, vio a su presa, que temblaba sabiendo su destino. Se lanzó en picada, Remigio al viento, sintiendo ahogos de libertad en el suspenso del aire.

Estiró su brazo y la tomó de la cintura.

Nunca más los volvieron a ver, porque traspasando los límites del aire y las fronteras de hierro, crearon un mundo paralelo, donde el tuerto era rey y los ciegos enseñaban geografía a los locos.

En otra dimensión, en el reino del revés, unos chicos viejos, miraban con pena una Ferrari otrora roja, otrora famosa, ahora desvencijada, como se quemaba al rescoldo del fuego de la ignorancia.